

LA FALACIA DEL "PROGRESO" Y LA PAZ

Manuel R. MILLOR MAURI

SUMARIO: I. *La concepción de "desarrollo" y "progreso"*. II. *La desigualdad económica internacional*. III. *La capacidad de respuesta política*. IV. *El destino histórico de América Latina*.

I. LA CONCEPCIÓN DE "DESARROLLO" Y "PROGRESO"

Ante la crisis generalizada actual, que rebasa fronteras, sistemas políticos e ideologías, es preciso llegar a una definición clara del desarrollo. En este sentido, de acuerdo con la teoría económica en las sociedades modernas, el proceso de desarrollo oscila entre dos tipos básicos de planteamientos: las formas económicas capitalistas y las formas económicas socialistas. Entre estos dos esquemas de organización económica existe una amplia gama de modelos, que toman de una y otra fuente. Se podrían precisar algunas diferencias unánimemente aceptadas entre ambos.

El capitalismo podría definirse, en esencia, como un sistema de derechos de propiedad privada con respecto a todos los bienes, en el que las autoridades protegen el libre juego de estos derechos. Las prerrogativas de la propiedad privada, por otro lado, incluyen los derechos de empresas e individuos a utilizar sus bienes, propiedades y recursos (incluyendo en éstos al trabajo y el tiempo) como encuentren conveniente.

El socialismo podría entenderse como un sistema en el cual los derechos para la utilización de bienes y recursos no están asignados a individuos o grupos privados específicos, sino que se distribuyen entre diversas agencias gubernamentales, que, a su vez, deciden sobre la utilización de los mismos y las consecuencias previsibles. Estos mecanismos podrían calificarse como "control gubernamental centralizado" de los medios y fines del proceso productivo.

Como resulta lógico, en el sistema capitalista se pone énfasis en el proceso de intercambio entre personas y grupos, de derechos de propiedad privada y bienes. Por otra parte, en el sistema socialista las decisiones políticas tienen una importancia fundamental, y el intercam-

bio de derechos de propiedad no privados es instrumental, para resolver las cuestiones económicas.

Más allá de la diferenciación entre capitalismo y socialismo, la teoría económica del desarrollo se ocupa de las siguientes preguntas: ¿qué bienes se producirán?, ¿en qué proporciones?, ¿en qué forma y a través de qué tiempo?, ¿para el consumo de quién?, ¿con qué efectos sociales y culturales? Sobre estos aspectos concretos, hay varias apreciaciones en relación con la naturaleza del desarrollo.

El enfoque comúnmente denominado "desarrollista", sostiene que "desarrollo" equivale, para todos los efectos, a "crecimiento económico". De esta manera, los indicadores pertinentes para demostrar el desarrollo de un país serían: tasas sostenidas de crecimiento; elevación progresiva de la renta nacional y del ingreso *per cápita*; intercambio comercial favorable; capacidad de acumulación de capital a través del ahorro y la inversión; importancia relativa, cada vez mayor, de los sectores secundarios y terciarios por sobre el primario; infraestructura adecuada de comunicaciones y transporte. Es decir, existe la opinión de que el desarrollo se refiere exclusiva, o al menos primordialmente, a factores económicos. A partir de esta perspectiva, el crecimiento económico, paulatina o eventualmente, se filtraría a todos los sectores de la sociedad.

En contraposición, se plantea el concepto de "desarrollo integral". Desde este punto de vista, el crecimiento económico, para ser verdaderamente relevante y sustentarse sobre bases de prosperidad sólidas y equitativas, debe tener lugar en el marco de una ampliación del bienestar social de la población en su conjunto. El proceso de "desarrollo integral" comprende, pues, cinco elementos esenciales de sustentación: económico, social, político, cultural y ecológico. Si faltan uno o varios de éstos, el resultado será una distorsión o tergiversación del desarrollo.

El predominio de los criterios "desarrollistas" debe ubicarse como la causa fundamental de la "crisis de civilización" contemporánea. En la práctica ambos sistemas, el capitalista y el socialista, trazan su línea directa de parentesco con el "industrialismo" y la "fisiocracia". Más allá de las diversas combinaciones entre criterios de "libre empresa" o de "planificación centralizada", se trata de una visión "difusionista" del desarrollo, que ha prevalecido tanto en el bloque occidental como en el socialista. El "difusionismo" asume un *continuum* cuyos dos polos son lo "tradicional" y lo "moderno". A través de una apreciación teleológica del desarrollo, sostiene un proceso lineal, progresivo e indefinido. El "progreso" se entiende en términos de competencia, explotación de recursos y avances materiales. El papel del trabajador

se reduce a un criterio estrictamente utilitario, de equivalencia al valor de los bienes o servicios producidos. Lejos de haber disminuido en importancia, el "panfiscalismo", i.e. esa aberración científica, tecnocrática y economicista, sigue prevaleciendo hoy día, en detrimento de las disciplinas sociales y las relaciones humanas.

Lo anterior explica, pues, la razón por la cual el signo de la guerra y el conflicto caracterizan a los tiempos presentes. Este es el contexto real de operación, urgente, de conteo fatídico para el porvenir, en que se inserta la búsqueda de la paz. Para que ésta deje de ser una quimera, y en la actualidad esto es ya no una cuestión de ética sino de supervivencia, la humanidad debe de trascender el "paradigma del crecimiento", y en su lugar establecer un orden de equidad entre los hombres y equilibrio con la naturaleza. Se trata de un cambio de la escala de valores y una transformación del hombre mismo, una redefinición de la civilización.

II. LA DESIGUALDAD ECONÓMICA INTERNACIONAL

El proceso de desarrollo concebido como "crecimiento *per se*", ya sea bajo auspicios neoliberales o mercantilistas, conduce por necesidad a la creciente hostilidad política entre los diversos actores del sistema político internacional. La competencia desenfrenada por materias primas y ganancias económicas, bajo condiciones de inseguridad financiera, tensiones sociales y disturbios políticos, constituye un callejón sin salida.

Una de las manifestaciones de este fenómeno es la carrera armamentista. Los gastos militares en todo el mundo han adquirido proporciones inimaginables y las tendencias globales apuntan hacia un ritmo más acelerado de "militarización". Hacia mediados de 1984, se calculaba que las erogaciones para el armamentismo y el mantenimiento de las fuerzas armadas se elevaban alrededor de 800,000 millones de dólares. Por otra parte, continúa incrementándose el comercio internacional de armamentos.

El nivel de gastos militares presenta un agudo contraste con la crisis mundial, y en particular con la situación socioeconómica de los países que están en vías de desarrollo. A nivel general, las inversiones en actividades militares son más cuantiosas que las correspondientes a rubros sociales como la educación y la salud. Constituye una necesidad impostergable la conversión de los recursos destinados para fines militares, a fines civiles. Este es el imperativo moral y ético del desarme, condición indispensable de la búsqueda de la paz.

A la par que la absurda carrera armamentista, la concentración del poder financiero a escala mundial es ingrediente elemental de la crisis actual. La desigualdad económica internacional, que se manifiesta de manera multifacética e inequívoca, constituye campo fértil para el conflicto.

Hace once años, en el seno de la ONU, se proclamó el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y se aprobó la iniciativa referente a la Carta de Deberes y Derechos de los Estados. Hoy día, el colapso del orden económico internacional que se estructuró a partir de Bretton Woods en 1944, es un hecho. Por otra parte, la crisis económica generalizada hace evidente que no se ha cumplido el espíritu de la Carta de Deberes y Derechos de los Estados.

A partir de principios de la década de los ochenta, se manifiesta la imposición de lo que podría definirse como un "nuevo colonialismo financiero", *i.e.*, una ofensiva por parte de las naciones más poderosas para mantener su primacía económica y política. Se trata de una estrategia diseñada para detener el proceso de reivindicación de los países del Tercer Mundo. Este "nuevo colonialismo financiero", punta de lanza para la recomposición del antiguo esquema político de dominación hegemónica indiscutible, se sustenta sobre las siguientes bases:

- Consolidación y expansión del poderío de las corporaciones transnacionales.
- Endeudamiento de los países que están en vías de desarrollo.
- Manipulación de las tasas de interés por parte de los grandes centros financieros internacionales.
- Control de los niveles de decisión de los organismos internacionales de asistencia financiera.
- Baja de los precios de las materias primas de los países del Tercer Mundo.

La crisis económica mundial está inscrita en la falacia de que, en un mundo cada vez más interdependiente, algunas naciones pueden prosperar a costa del estancamiento de otras. La salida de la crisis, más allá de las medidas unilaterales, sólo puede entenderse en términos de equidad y cooperación. Sin estos dos componentes indispensables, ningún proceso de negociación podrá desembocar en una solución integral y duradera.

Se requieren programas bilaterales y multilaterales de cooperación financiera y comercial fundamentados en la reciprocidad. Esto implicaría, en el ámbito económico: la eliminación de las medidas proteccionistas y restrictivas por parte de las naciones más desarrolladas; la ampliación de los recursos financieros disponibles para el desarrollo;

y una solución permanente y efectiva a la problemática del endeudamiento. Por otro lado, en términos políticos, la cooperación significaría un proceso de negociación abierto y flexible entre todas las partes interesadas, incluyendo los gobiernos de los países deudores y acreedores, así como los organismos financieros internacionales y la comunidad bancaria internacional.

La alternativa parecería clara: la transformación del sistema de relaciones internacionales, bajo el signo de la cooperación y la equidad económicas; o el intento de imponer un nuevo "colonialismo financiero". Esta última opción significaría el creciente deterioro de la economía y las finanzas mundiales, con su inevitable secuela de retroceso social y político. En otras palabras, es una disyuntiva entre el equilibrio y la inestabilidad como parámetro de las relaciones internacionales.

La creciente politización de los asuntos económicos internacionales confirma los vínculos inextricables entre política y economía. Sin embargo, la toma de conciencia de lo anterior por los gobiernos de las naciones industrializadas marcha muy a la zaga. En el complejo contexto internacional actual, cooperación y conflicto no son sino dos caras de la misma moneda. El proceso de desarrollo asimétrico, concebido como "crecimiento *per se*", conduce inevitablemente al antagonismo político. La imposición de un "colonialismo financiero" no es sustituto alguno, en lo absoluto, del imperativo de un Nuevo Orden Económico Internacional.

III. LA CAPACIDAD DE RESPUESTA POLÍTICA

Vivimos el tiempo de la crisis de las ideologías tradicionales, porque ninguno de los sistemas imperantes ha sabido dar respuesta cabal y eficiente a las necesidades del hombre. Los problemas derivados de las distorsiones del proceso de desarrollo afectan a los sistemas socialistas y capitalistas por igual. Para ambos tipos de sociedades constituye un reto, o más aún, un imperativo, el parar, o dismantelar, los procesos de producción actuales. La sociedad basada en la producción es solamente productiva, no creativa.

Es obvio que tiempos de crisis agudas e incontrolables, son terreno fértil para el surgimiento de formas políticas autoritarias. Ante la necesidad de cambios básicos de valores en los procesos humanos de convivencia, la pregunta que surge es la siguiente: ¿Pueden las sociedades actuales propiciar estos cambios de tal magnitud a través de la intervención *consciente* de los hombres, y no a raíz de cambios violentos impuestos sobre los hombres?

Una perspectiva pesimista manifiesta que la presión de los diversos movimientos sociales-políticos, las conmociones civiles y la ansiedad general, apuntan en la dirección del *autoritarismo*, i.e., una autoridad central cada vez más enérgica y eficiente. Frente a la situación por venir, tales gobiernos pueden ser no tan sólo imposibles de evitar, sino necesarios. Desde este punto de vista, el cambio sería seguramente *convulsivo*, más bien provocado por los eventos externos que por decisión consciente, por la catástrofe más bien que por el cálculo.

Otros enfoques, con perspectivas más halagüeñas, tratarían de establecer modelos de equilibrio global, dividiendo al mundo en regiones interdependientes con capacidad de cohesión política, económica y social. Estas agrupaciones proporcionarían relevancia para analizar los niveles de decisión política nacional, así como para delinear las áreas de conflicto e incompatibilidad inherentes en las políticas regionales o internacionales.

En definitiva, la capacidad de respuesta política de las sociedades actuales está relacionada directamente con la viabilidad de establecer:

- a) Un nuevo orden económico y político internacional.
- b) Una planificación integral a todos los niveles, desde la comunidad hasta el sistema internacional.

Tal como la revolución industrial introdujo nuevas formas de producción, nuevas estructuras sociales (en las naciones industrializadas centrales tanto como en los países periféricos que están en vías de desarrollo) y nuevos valores; quizás el tiempo presente de crisis y convulsiones sea antesala de una nueva era para la humanidad. El factor clave es el tiempo disponible y la disposición de aquellos con poder político y económico y conciencia de los límites naturales, para influir en la conformación de las estructuras sociales y en la creación de una nueva escala de valores.

Se trata de realizar un enfoque diferente del proceso económico: permanencia y no despilfarro, una nueva concepción de los derechos de propiedad y de la organización de los diferentes sectores de la economía. Es preciso incorporar una dimensión humana al trabajo e idear nuevos modelos de desarrollo, apropiados a la realidad de cada país y a los requisitos de la época actual. Nos enfrentamos a los límites del desarrollo concebido como crecimiento económico, producción y "consumismo". Las posibilidades son enormes, sin embargo, para un desarrollo humanista, basado en el potencial creativo de cada individuo, y proyectado hacia sociedades más justas y equilibradas en el ámbito interno y en las relaciones internacionales.

En fin de cuentas, cualquier modelo de desarrollo debe, por nece-

sidad, hacer frente a los límites impuestos por la naturaleza, a los límites de la proposición miope y dañina en extremo de que puede darse *ad infinitum* el crecimiento ininterrumpido. Si eventualmente pudieran darse el acuerdo y la realización generalizados de que el nuestro es un mundo finito y con límites, entonces surgiría la posibilidad de equilibrio y paz bajo condiciones de distribución equitativa de los recursos disponibles. Esto significaría, entre otros cambios, un rompimiento radical con la visión lineal de la historia, prevaleciente en la actualidad. En el mejor de los casos, el sistema político y económico internacional tiene por delante un largo y arduo camino por recorrer, para alcanzar este escenario más promisorio.

IV. EL DESTINO HISTÓRICO DE AMÉRICA LATINA

En la historia contemporánea de los países latinoamericanos a partir de mediados del siglo XIX, se pueden apreciar tres objetivos vitales, tres metas básicas que surgen una y otra vez como imperativos del proceso de consolidación de las respectivas sociedades: la *unidad nacional* entre los diversos sectores e intereses que componen la población; la *modernidad, a través de un proceso efectivo de desarrollo; y la integración regional*. Los dos primeros se encuentran en estrecha relación y constituyen prácticamente un factor conjunto; del tercero dependen la viabilidad y las posibilidades de consolidación de los otros.

Es decir, en el caso de los países latinoamericanos se impone primero la integración y reafirmación del ser nacional, y la unión de la población hacia una meta y una convivencia comunes. Esta unidad nacional debe acrecentarse a través de un proceso de desarrollo integral, es decir, a través de una toma de conciencia y una participación cada vez más amplia de todos los sectores de la población en los aspectos económicos, sociales, culturales, políticos y ecológicos. En el caso de América Latina en el momento en que vivimos, la consolidación de esta unidad y desarrollo nacionales, su supervivencia misma, dependen de la integración regional latinoamericana y de la "independencia colectiva".

El proceso de desarrollo latinoamericano no tiene que seguir la misma trayectoria ni conducir necesariamente a sistemas de organización social y política similares a los que prevalecen en las naciones poderosas de uno u otro tipo. Es necesario buscar, en la realidad latinoamericana, los procedimientos, bases y formas de organización, viables para un desarrollo propio y sostenido. Se impone la necesidad de encontrar nuevos modelos, técnicas y métodos de desarrollo, que no

ignoren los ya existentes en el mundo, sino que los adopten, reajusten e incorporen con vistas a nuevos resultados. La búsqueda de estos nuevos modelos de desarrollo, vital para las perspectivas futuras de América Latina a corto y largo plazos, constituye el reto clave del tiempo presente para nuestros pueblos.

La creación de modelos de desarrollo realmente apropiados a la realidad latinoamericana, debería conducir a una revigorización del sentimiento nacionalista en la región. Esto podría ser beneficioso o perjudicial para los fines de independencia económica y autonomía política latinoamericana, de acuerdo con la forma en que se canalicen estos sentimientos. Si predomina un tipo de "nacionalismo excluyente", todos los esfuerzos por alcanzar la integración latinoamericana serían inútiles. Es este tipo de nacionalismo el que alientan una burguesía retrógrada con interés en sus muy particulares fines de grupo, y los intereses extranjeros empeñados en mantener dividida la región. Si, por el contrario, prevalece un tipo de "nacionalismo incluyente", "colectivo", la integración latinoamericana sería una realidad posible.

El ataque contra la imitación, la copia y la dependencia debe darse en dos frentes, uno particular y otro regional. Sin la elaboración por cada gobierno de modelos apropiados de desarrollo y de una planeación adecuada, la integración regional sería entorpecida. Cada país deberá elaborar un esquema particular, de acuerdo con su realidad nacional. Es claro que modelos de desarrollo que pongan énfasis desmedido en el crecimiento económico *per se*, predominantemente a través de capital e inversiones extranjeras, no podrán dar una respuesta adecuada a los problemas de la dependencia. Por el contrario, aquellos países que traten de promover un desarrollo equilibrado, a partir de su propio potencial interno, podrán auspiciar sobre bases más sólidas un proceso efectivo de unidad nacional.

Por sí solos, sin embargo, los países latinoamericanos no podrían aspirar a un desarrollo relativamente autónomo de los grandes centros mundiales de poder económico y político. Aun los más avanzados encontrarían obstáculos casi insalvables en el camino hacia la meta de una independencia cabal. A largo plazo, por tanto, las posibilidades de desterrar la dependencia y consolidar modelos de desarrollo apropiados, recaen sobre el logro de la integración latinoamericana.

Un mayor avance particular de cada país y colectivo de la región, traería consigo un mayor poder político, que podría estabilizarse en los países latinoamericanos, y a su vez impulsar programas más coordinados y efectivos. Un proceso de desarrollo integral podría igualmente dar paso a técnicas, modelos y aspiraciones acordes con la reali-

dad latinoamericana. Al cortar o debilitar los lazos de dependencia, el *momentum* de este proceso repercutiría sobre las esferas políticas y sociales, procediendo a desterrar las causas de la enajenación cultural. Se pondría al descubierto todo el potencial nativo de nuestros pueblos, lo que equivaldría a un "renacimiento latinoamericano".

Con riesgo de parecer utópicas, las apreciaciones anteriores están, sin embargo, dentro de las posibles alternativas para el mediano plazo. El camino es largo, por otro lado, y no hay que olvidar la posibilidad opuesta, si el proceso a que se ha hecho referencia no comienza a gestarse dentro de un periodo de tiempo prudencial: la desnacionalización de nuestros países, su desintegración interna, y su establecimiento definitivo como "sucursales", desprovistos de conciencia y aspiraciones nacionales, y movidos tan sólo como carga bruta, por la resaca del acontecer en los centros de poder hegemónico mundial. Las terribles implicaciones de esta posibilidad deberían impulsar a todos los latinoamericanos conscientes a luchar en forma abierta y constante por alcanzar la integración regional.

El logro de condiciones económicas estables y equitativas, que puedan sustentar un proceso de desarrollo integral, constituye la fundamentación de la lucha por alcanzar la paz entre las naciones. A América Latina, síntesis de razas y culturas, corresponde el destino histórico de desempeñar un papel clave en la realización de este anhelo de fraternidad y concordia. En la medida en que nuestra América pueda encontrarse a sí misma, podrá a la vez volcar su potencial e influencia creativos e innovadores sobre el resto del mundo.